

ALEJANDRO

Hablaremos á la Guardia civil para que busquen la urna.

ATENAIDA

Ahora vamos á salir nosotros en un grupo de caminantes, donde van también los guardias civiles. ¿Quiere usted venir con nosotros?

PAJÓN

¡Ay, sí, señora! Con ustedes al fin del mundo.

CUADRO TERCERO

ESCENA Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS

Medio día y una noche emplean los viajeros en esta su segunda caminata. Alejandro y Atenaida iban en un carromato de los marañoneros. En diferentes carros y caballerías seguían el Santo Pajón, un cura con su ama, y en borricos las gitanas y otras muchas personas.

ALEJANDRO

(Despertando de un profundo sueño, al llegar la caravana á un poblado en que se ven miserables casas, y al parecer un convento.) Atenaida, ¿dónde estamos?

ATENAIDA

Esto es un lugar que llaman la Zarza, Zarza ó Zarzalejo. Y no muy lejos de aquí está un célebre monasterio de gran antigüedad.

ALEJANDRO

Aquí descansaremos y comeremos lo que se encuentre en pueblo tan desolado.

ATENAIDA

Por comida no hemos de llorar. (Mostrándole una cesta de provisiones.)

ALEJANDRO

¡Ah, mujer previsora! Eres la gran discípula de don Pánfilo... Y yo te pregunto: ¿Qué habrá sido de toda aquella patulea?

ATENAIDA

Anoche, á poco de salir de la posada, vimos pasar un tren.

ALEJANDRO

En efecto, iba de Norte á Sur. Lo que prueba que la vida regular se ha restablecido después de la catástrofe.

ATENAIDA

Así es. Anoche, cuando tú dormías, llegóse á este carro un guardia civil que había venido en aquel tren, y hablando con los marañoneros les dijo que Ursaria ha sufrido muy poco. El estrago se reduce al incendio de algunos edificios, entre ellos el hotel de don Dióscoro.

ALEJANDRO

Y de los habitantes de aquella casa, ¿no ha dicho nada?

ATENAIDA

Nada más dijo; pero ya lo sabremos todo. Los efectos de la gran revolución atmosférica se han manifestado en una línea que va de Oriente á Occidente. Por aquí no se ven huellas muy notorias del cataclismo. Bajemos del carro, y vamos á reconocer el pueblo y á comunicarnos con los vecinos y con nuestros compañeros de viaje.

ALEJANDRO

Muy bien, bajemos. Yo cargaré con el cesto. Dame tu mano. (De las primeras palabras cambiadas entre los cuatro viajeros, resultaron entre ellos lazos de simpatía y amistad. El cura y su ama iban á Rosales de Tejada, y la misma dirección llevaban Alejandro y Atenaida. Joven y campechano era el cura, don Hilario de Acuña, bastante ilustrado y sin asomos de intransigencia ó gazonería. Notábanse en el ama las formas elementales de la buena educación; se expresaba con soltura, y no carecía de atractivos personales, en cierto modo equivalentes á la belleza. Llamábase Dominga; había sido maestra de labores en una escuela, y de esto venía su conocimiento con Atenaida. A la sombra de corpulentos árboles, sentáronse los cuatro en el suelo; tendió el ama un limpio mantel, y amenizaron el almuerzo con sutiles apreciaciones del reciente cataclismo.)

EL CURA

(Limpiando el gáznate con ligera tosecilla, como para empezar un sermón.) Como testigo presencial del suceso, y como sacerdote, opino que el cataclismo de estos días no es un simple fenómeno atmosférico y telúrico, y que en la apreciación del caso debemos atenernos al criterio del vulgo—*vox populi, vox cali*;—y el pueblo, desde que sonaron los primeros espantosos ruidos, dijo y proclamó que asistíamos á un castigo impuesto por el Supremo Hacedor á sus criaturas, desviadas de la eterna ley que rige á la Humanidad.

EL AMA

Atenaida nos dice que ello fué como un barrido de los que vivían aferrados á la mentira y á la Sinrazón.

EL CURA

Así es. Un limpión de toda la gentuza farsante y corrompida, quedando libres y sin daño los que cumplen la ley sacrosanta, aunque caigan en alguna debilidad (mirando al ama) propia de la flaqueza humana. (Nueva tosecita, que indica la terminación del exordio.)

EL AMA

Señor cura, deje la plática para después que hayamos comido. (Pone sobre el mantel tajadas de solomillo, aceitunas y queso manchego.) Mi amiga

Atenaida es la que sabe más de estas cosas. Ha dicho que se salvan los de conciencia pura que no hacen daño á nadie y viven de su trabajo.

EL CURA

Explíquenos la señorita Atenaida su tesis.

ATENAIDA

Yo no tengo tesis, señor cura; soy una mujer vulgar que aprecia las cosas por el sentido común. Alejandro sabe de esto más que yo. (Pausa. El ama les sirve un vino blanco muy rico.) Dinos, Alejandro, en qué consiste la verdadera virtud. (Fija sus ojos en el rostro de Alejandro, como si quisiera grabar en el pensamiento de éste lo que ha de decir.)

ALEJANDRO

(Después de apurar una copa de vino.) La virtud verdadera y permanente consiste no sólo en el cumplimiento estricto de los deberes sociales, sino en la diligencia, en la actividad, en el trabajo constante, sin perder días, horas ni minutos; en la creación de energías y en irradiarlas sobre los demás seres, contribuyendo á la florescencia de la vida humana.

EL CURA

(Bebiendo.) Eso está muy bien dicho. ¡La vida humana! En fomentarla y purificarla consiste la verdadera virtud.

EL AMA

Eso, eso. (Saca de la cesta onzas de chocolate, bizcochos y dos paquetes de puros.)

ALEJANDRO

Pero, señor cura, en esta Dominga tiene usted un repostero incomparable.

EL CURA

(Embelesado.) Sí, nada se le olvida. Ha traído hasta los puños; el paquete pequeño es el de los días comunes, y estos grandes son para los domingos y días festivos. (Ofreciendo á don Alejandro un habano riquísimo.) Hoy hacemos día festivo. Fumaremos de lo caro. (Encienden los puros y fuman, mientras las señoras toman pastillas de chocolate. Acércase á ellos un guardia civil, y les dice que ha parecido el Niño Jesús. Ofreciendo un puro de los buenos al guardia.) Guardia: por la buena noticia que usted nos trae, tome este puro, y haga cuenta de que se lo regala el Niño Jesús.

ATENAIDA

¿Y dónde ha parecido?

GUARDIA

En un pueblo cercano que se llama Peñas Rojas.

ALEJANDRO

¿Quién lo tenía?

GUARDIA

Una vejancona gorda, granujenta.

ATENAIDA

No diga usted más; la tía Rebeca, que ejerce la mendicidad y la brujería. ¿Y el Santo Pajón ya sabe...?

GUARDIA

Sí; se lo hemos dicho, y hacia Peñas Rojas va jadeante por el atajo.

EL AMA

Pues nosotros también vamos hacia allá; los aceiteros que nos han traído saldrán dentro de media hora.

ALEJANDRO

(A un maranchonero que pasa.) Amigo, ¿salen ustedes pronto?

MARANCHONERO

Ahora mismo. Suban al carro si quieren venir con nosotros.

GUADRO CUARTO

ESCENA ÚNICA

Lugar de Peñas Rojas, país rocoso y triste, sin otro edificio que una venta ó parador para trajinantes y caballerías. Cae la tarde. En un poyo, á la entrada de la venta, está doña Rebeca entre dos guardias, uno de los cuales tiene á su lado la urna rescatada. Frente á ellos un grupo de curiosos, en el cual se destaca la figura macilenta del Santo Pajón, que no pudiendo tenerse en pie se deja caer al suelo, y sollozando, oculta su cabeza entre las manos. Llegan las caravanas de los aceiteros y de los maranchoneros. Alejandro y Atenaida, el cura y su ama, con gran golpe de caminantes, se añaden al grupo estacionado junto á la venta.

REBECA

(Con extraordinario aplomo y frescura.) Afortunadamente para mí llega la gente buena, y aquí veo personas que pueden acreditar que Rebeca Toronji no ha sido nunca ladrona, sino una señora de principios que, por haber venido á menos, tiene que vivir implorando la caridad pú-

blica. (Murmullos en el auditorio.) En la huida de Ursaria caímos por un despeñadero el Santo Pajón y una servidora. Rodaron también por la pendiente algunas que hablaban á lo gitano, y un hombre negro y larguirucho, que á mi parecer tenía parentesco con los demonios. Del golpe que recibí en la cabeza perdí el conocimiento, y al recobrarle mis manos tropezaron con un objeto duro; era la urna. Pajón había desaparecido, y al oído me llegaba el parloteo de las gitanas y del hombre negro. Cogí yo el Niño, no para robarlo, sino para salvarlo de las uñas rapaces, y aquí me lo traje muy agasajadito, esperando encontrar al buen Pajón para devolvérselo. (Murmullos de incredulidad.) ¿Qué tienen que decir? Rebeca no es ladrona... Venerable Pajón, ahí tienes el divino chiquitín con que te ganas la vida.

PAJÓN

Está bien, señá Rabieca... Ahora me toca examinarlo bien para ver si... (Arrodillándose ante la urna, juntando las manos.) ¡Ay, Niño mío! Te encuentro flaquito, descoloridito; ¡no has pasado mal susto!

ATENAIDA

(Aparte á los que están junto á ella: el cura, el ama y Alejandro.) No creáis nada de lo que ha dicho esta bruja; lo mejor será que se dé por terminado el juicio, mandando noramala á la Rebeca, para

que nos veamos libres de su odiosa presencia. Alejandro, habla tú.

ALEJANDRO

Guardias, esto ha concluido. Devuélvase al santero su urna, y quede en libertad la Rabieca ó Rebeca, para que siga practicando la mendicidad donde encuentre almas caritativas... Y ahora nosotros seguiremos nuestro camino.